

26051

3

AÑO XIV, SERIE II, n- 54
1926, ene

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO

DE GRADUADOS



BUENOS AIRES
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1926

Explotación

de las

Industrias marítimas en las costas

de la República Argentina

POR LUCIANO H. VALETTE

(Continuación)

XX

LOS SECTORES DE PESCA MARÍTIMA INTENSIVA DEL PORVENIR

Considerando que la explotación de la pesca, en forma intensiva, habrá de desarrollarse en las proximidades de los grandes mercados de consumo, evitando así el recargo de fletes, es dado suponer que las mayores actividades quedarán circunscritas a las costas de la provincia de Buenos Aires.

Y eso ya puede notarse en la actualidad cuando todavía la industria pesquera no ha adquirido una existencia normal y estable.

Teniendo, pues, en cuenta, la necesidad de ofrecer los productos de la pesca al alcance de los bolsillos más modestos, las empresas tratarán de operar en los lugares adecuados más próximos de la capital federal.

Además de tener que incorporar a la alimentación de la metrópoli un abasto considerable de productos de pesca, la ciudad tendrá también la ventaja de ser el vínculo de comunicación rápida con los mercados del interior del país que consuman regularmente pescado fresco. Muchos son los sectores del litoral marítimo donde sea posible hacer base firme para los trabajos de la pesca, bien que unos

ofrezcan más ventajas que otros para la economía de la explotación.

Por supuesto, la abundancia de pesca no es igual en todas partes y en ello estribarán las dificultades para elegir dichas bases. Sin duda, Mar del Plata es ya un punto consagrado y si no fuera por el recargo que supone el flete ferroviario, habría de continuar siendo el primer puerto pesquero de la República.

Diferenciando las tarifas de ferrocarril, Mar del Plata podrá sostener su predominio pesquero y adquirir una importancia tal como la tienen los mejores puertos pesqueros del mundo.

No obstante, en esta cuestión hay que contemplar siempre el abaratamiento posible de la materia de pesca y es lógico que reduciendo las distancias que debe recorrer la mercadería se obtiene la doble ventaja de la rapidez del transporte y la reducción del flete. Naturalmente, este es el punto que más de estimular a las empresas pesqueras para que utilicen tal o cual base.

El problema debe estudiarse con alguna detención por los mismos interesados. Al industrial en gran escala, esto que parece un detalle se torna en asunto fundamental, mientras que para el pequeño pescador no le importa mayormente.

Para que cualquier iniciativa de pesca intensiva no fracase, es entonces cuestión fundamental el lugar donde ha de situar su base de operaciones, en vista de no aumentar más de lo necesario el costo de producción de la pesca.

Todo alejamiento excesivo del principal mercado de consumo sería motivo para restringir la producción, lo que importaría un grave daño para la industria de conjunto.

Es, pues, una necesidad de orden económico para una gran empresa pesquera establecerse en las costas de la provincia de Buenos Aires donde sea posible resolver el problema general de la industria. Para que todas las actividades puedan estimularse entre sí, la costa más interesante resultará la más septentrional.

Por otro lado, sitios donde aun no se han desarrollado las energías de la explotación pesquera y que poseen un conjunto de riqueza de alto valor económico, se encontrarán sin ir demasiado lejos.

Preciso será, tal vez, ligarlos a la red ferroviaria general para facilitar la expedición de los productos de la pesca a los grandes centros de consumo. Óptima posición la ofrece, en este caso, la bahía de Samborombón, con diversas condiciones físicas altamente favorables y la apreciable ventaja de su proximidad a las aguas dulces, donde una infinidad de especies comerciales pueden satisfacer las exigencias de cualquier empresa.

En todos los casos, la raigambre industrial de la pesca encontraría muy buen terreno y lo mismo en las costas de Coronel Dorrego

que en las de Tuyú, donde los fondos entre veinte y veinticinco metros son de naturaleza muy favorable para la pesca de rastreo. Mas, volviendo a la situación de proximidad del mercado, tal vez nada haya más adecuado que las costas del Tordillo y las proximidades de la desembocadura del río Salado. Obvio es que en este lugar la riqueza pesquera encontrará allí la vía expedita para su pronto desarrollo.

En las inmediaciones del cabo San Antonio, con sólo navegar dos horas, se está en plena profundidad aparente para toda clase de pesca, empleando métodos y elementos modernos de captura.

Allí es donde se puede practicar la pesca más interesante, del punto de vista económico, ya sea la pesca playera, la costanera y la de altura, empleando en esta última categoría embarcaciones de un porte mayor de veinte toneladas y de sólida construcción.

En las adyacencias de la ensenada de Samborombón se puede conseguir el máximo aporte de productos pesqueros y el lugar es apropiado para establecer una numerosa colonia, planta frigorífica y fábricas de conservas para responder al verdadero desarrollo de la industria.

A la región de Bahía Blanca convendría más destinarla a las fábricas de salazón de pescado, como también todos los lugares favorables situados más al sur, en toda la extensión litoral del país.

Aumentando las facilidades en materia de puertos económicos, las costas de General Alvarado se prestarían igualmente para la pesca intensiva, como en Mar del Plata, aun cuando sólo trabajasen embarcaciones menores.

Indudablemente no habrá base tan apropiada para la pesca en gran escala como estableciéndola en la ensenada de Samborombón. Bien se sabe los millones que representa allí la riqueza pesquera casi permanente.

Resolver ese asunto para el futuro desarrollo de la industria es un deber del Estado, proveyendo todos los medios viables para su fomento, pues allí no ha de ser difícil que se organicen empresas de aliento y colonicen en forma estable.

Muy importante sería la pesca, en cualquier sector de la costa, siempre que se efectuase con medios adecuados, tanto para la navegación como para la captura, encauzando el trabajo con regularidad y organizando el comercio y la industria en debida forma.

Ante todo, se impone de parte de las empresas serias estudiar los medios de transporte en relación con los mercados. Muy necesario es esto antes de elegir las bases de trabajo, para que el servicio de distribución y el costo del producto guarden las proporciones justas.

De otra parte, la ubicación debe ajustarse también a las condiciones mejores para el tratamiento sanitario e higiénico de los productos, en forma tal que este problema importante quede resuelto en la misma base de operaciones de pesca.

Debemos indicar que sin estos requisitos no podría conseguirse el verdadero desarrollo pesquero y, por ende, el abaratamiento consiguiente del pescado. Verdad es, como se ha dicho en otras ocasiones, que la inversión de grandes capitales en las pesquerías es la única solución satisfactoria para obtener no solamente abundantes cosechas, sino que éstas habrán de refrigerarse e higienizarse en los mismos lugares de producción.

Habrà, de igual modo, que correlacionar estas mejoras aportadas por el capital privado, a una acción oficial tendiente a disponer que el pescado sea introducido en depósitos o locales especiales de donde salga para la venta directamente al público.

La capacidad de producción es inmensa y no debemos basarla en las actividades que desarrollan las ciento cincuenta pequeñas embarcaciones que trabajan en la pesca en el sector de Mar del Plata, núcleo asaz restringido si se compara con el escasísimo radio de acción en que actúan de ordinario, muchas veces, apenas salidos del puerto.

Una empresa que aventuró el camino de la pesca en gran escala, en vista de dominar el mercado, fracasó por falta de sentido común, pues no tomó en cuenta las condiciones existentes en nuestro propio mercado.

Si las empresas de pesca que han de operar en nuestro medio estudian bien las condiciones inherentes a esta industria y a su comercio, de ningún modo fracasarán.

Cabo San Antonio

Decididamente, el sector más apropiado para la pesca en gran escala, corresponde al cabo San Antonio. Allí hay amplia capacidad para que trabaje una importante flota en condiciones ventajosas.

Muy probable es que antes de mucho tiempo se instale en las inmediaciones del cabo San Antonio la mejor base de operaciones de pesca. No existe un punto más favorable para ubicar una población exclusivamente industrial y determinar la solución del problema pesquero en todo su conjunto.

La iniciativa de una honesta y estimulante empresa privada en-

contraría allí, sin duda, el medio de prosperar, satisfaciendo al propio tiempo las necesidades del país.

Las consideraciones apuntadas se fundan en la extremada riqueza existente en este sector oceánico, condición que, por sí misma, constituye la definición exacta de la importancia del lugar.

No obstante que todavía no llega a ese punto la línea ferroviaria, se ofrece una oportunidad única para establecer el comienzo de las grandes pesquerías.

Seguramente, y sobre la base de experiencia ya adquirida, en el cabo San Antonio progresaría la industria de deshidratar y salar pescado, tal vez como en ningún otro punto del litoral. Desde luego, si la industria pesquera del futuro tuviese por punto de mira el cabo San Antonio, una vez establecida y en plena labor, no habría ninguna razón para que no se uniera a la red general del Ferrocarril del sud, aun por medio de un tramo especial de decauville, como se ha hecho en diversos puntos del sur de la provincia de Buenos Aires, especialmente en las zonas cultivadas con patatas.

Todas las ventajas que ofrece el sector del cabo San Antonio quedarían así más reforzadas con la extensión de la línea férrea y sería fácil que trabajasen allí toda clase de embarcaciones pesqueras, chicas y grandes, aprovechando el puerto de Ajó como refugio.

Desde luego, hay allí una excelente ventaja para una gran fábrica que se dedicase exclusivamente a la conserva del pejerrey, de la corvina, de la pescadilla y de la lisa.

Relativamente a las condiciones físicas del lugar, cabe decir que del punto de vista oceanográfico nada deja que desear. Así la hidroisoterma anual alcanza a 17 grados centígrados con una isoamplitud de 12 grados, determinando la concurrencia de una considerable cantidad de especies, tanto en verano como en invierno, lo que asegura una producción constante.

Desde luego, la temperatura del agua en pleno verano suele pasar de 22 grados centígrados, mientras que en invierno raramente baja de 10 grados centígrados. Una corriente moderada durante el flujo actúa en sentido sudeste a noroeste, tomando dirección inversa y siendo algo más fuerte durante el refluo.

En cuanto a la profundidad del mar, en las adyacencias del cabo San Antonio es bastante regular y lentamente progresiva. Obrando hacia el este, se encuentra una máxima de veinte metros a veinte millas de la costa, justamente donde los fondos uniformes de arena y conchilla permiten la aplicación del rastreo sin peligro alguno para los instrumentos de captura.

Atribúyese la ventaja que ofrece la elevada temperatura del agua oceánica de este sector a la influencia de la gran masa de agua

dulce inmediata que forma el estuario del Plata. Esta es una explicación lógica de la abundancia de pesca en el sector del cabo San Antonio.

Es, justamente, el punto donde la corriente litoral de las Malvinas queda contrarrestada por la acción del río de la Plata. En la primavera las aguas cálidas avanzan cada vez más y a ello se debe la presencia de numerosas especies, que durante el invierno han corrido más hacia el norte.

Para efectuar una pesca fructífera en el sector del cabo San Antonio no es necesario ir a trabajar en grandes profundidades. En estos lugares y en fondos de cuatro a quince metros los contrastes de temperatura son casi nulos.

Para la explotación económica habría que emplear embarcaciones con motores accionados a petróleo. Reduciríanse así los gastos de producción, muy especialmente para los que dedicasen sus actividades a la captura de especies que, como los escualos, son susceptibles de aprovechamiento, particularmente para la extracción de aceites medicinales e industriales.

Muy natural es que la financiación de una base pesquera en el cabo San Antonio ha de ser materia de profundo estudio. Asimismo, si las cosas se hacen con inteligencia, las posibilidades de progresar son evidentes y se aumentarán gradualmente a medida que el perfeccionamiento industrial se realice, pues en el sector del cabo San Antonio el aprovechamiento de la pesca es ilimitado, como lo es también el campo de acción.

Obvio es que en estas cuestiones es preciso no lanzarse a la ventura. Indispensable es el estudio meditado, la reflexión y el razonamiento, pues de otra manera, si no se toman ciertas precauciones, el esfuerzo y el dinero corren riesgo de perderse.

Realizando, pues, el estudio conveniente, se puede fácilmente deducir que el negocio ha de dejar un amplio beneficio. El cálculo de estimación previa no es posible hacerlo. Una cosa sola puede establecerse sin temor a equivocación : el sector del cabo San Antonio es el punto más adecuado del litoral marítimo para el progreso de la industria pesquera.

Tenemos que recordar que las condiciones físicas son primordiales para la pesca, hija siempre del medio. Así, se comprende la extrema importancia de la zona del cabo San Antonio para realizar la explotación pesquera en vasta escala y particularmente cuando se haya estudiado la oceanografía biológica, es decir, el elemento que debe concurrir al progreso material de la industria.

Consideramos el cabo San Antonio como el sector pesquero por excelencia, pero no habrán de omitirse esfuerzos y gastos para que

allí pueda construirse sobre una base sólida, todo lo indispensable para el fomento industrial de la pesca.

Es posible que transcurra todavía mucho tiempo antes de que tan magna obra llegue a ser una realidad, pues el establecimiento de un puerto, en lugar adecuado, es de todo punto necesario.

También hay que dotar numerosos detalles para la más perfecta tarea de la explotación. Mas no debe exagerarse tampoco. El hecho de que el cabo San Antonio sea un sector muy apropiado para la pesca, no significa que allí se verifiquen las operaciones con más facilidad que en otras localidades.

Observamos que la zona de la referencia ofrece condiciones tan buenas o mejores, como muchos puntos de la costa septentrional francesa o meridional inglesa. Sería en nuestro caso un perfecto Boulogne-sur-Mer, en cuanto al movimiento pesquero.

En la zona de Samborombón existe un grado de humedad atmosférica bastante más reducido que en la zona de Mar del Plata, para la estación de invierno al menos. A esta ventaja se deberá la mejor preparación de conservas.

Sus ventajas económicas

Al elegir la zona del cabo San Antonio no se excluyen, naturalmente, muchos otros puntos adecuados del litoral atlántico. Al puerto de Mar del Plata, ya consagrado para la pesca, no haremos, pues, referencia.

A la zona de Bahía Blanca está reservado también un porvenir lisonjero en cuanto a esta industria concierne. En el verano los vientos reinantes del cuarto cuadrante favorecen mucho las condiciones del mar en dicha zona, donde será siempre oportuno y sensato operar esta industria.

Realmente, el puerto de Bahía Blanca es un poco apartado, pero no obstante muy aparente para el objeto, como puede serlo cualquier otro lugar del litoral de Buenos Aires. Todos los recursos de la pesca, sin embargo, no se hallan presentes en Bahía Blanca, especialmente después del otoño y trabajar alejados de la base sería desprestigio y un sobrecargo para la industria pesquera, desde que habría que realizar una navegación de más de diez horas para encontrar lugares favorables para la captura de especies que no frecuentan las proximidades de la costa.

La zona del cabo San Antonio debe ser, por consiguiente, el verdadero campo de lucha de las grandes empresas nacionales de pesca.

En el mismo lugar pueden establecerse fácilmente las industrias de « desahogo » a poco que se les organice convenientemente.

¶ Para atender exclusivamente los intereses pesqueros del cabo San Antonio, si allí ha de derivarse la explotación extensiva e integral, hay necesidad de construir un puerto. Actualmente se tropieza con el inconveniente de la falta de refugio para las embarcaciones pesqueras, derivándose la imposibilidad de arraigar la industria. Se concibe, pues, que la construcción de un puerto pesquero económico es allí un asunto de capital preferencia.

Toda la cosecha de pesca posible del sector del cabo San Antonio ha de marcar el *record* de la explotación pesquera nacional, sin dejar por ello estéril el campo de acción. Muchos se obstinarían caprichosamente en ir a buscar otros sitios apropiados para la pesca, pero sin que los esfuerzos se malograsen, los beneficios no serían tan elevados como eligiendo el cabo San Antonio.

Admitimos que no debe renunciarse a esta esperanza y deberíamos protestar, en cierto modo, contra todos los proyectos que alejen la posibilidad de realizar en el cabo San Antonio el más alto exponente de las pesquerías argentinas.

Es claro que no se trata de hacer una airada declaración, sino formular los propósitos en el sentido de establecer en el cabo San Antonio el primer centro pesquero del país y es éste un asunto que necesita de la alta colaboración de todos para facilitar su realización.

Esto que dejamos expresado no es tampoco una tendencia egoísta; al contrario, es una demostración de una actitud que involucra todas las conveniencias en favor del desarrollo de la industria de la pesca, y queremos revelar o hacer valer, mejor dicho, la influencia que realmente tiene del punto de vista de los intereses públicos.

Reconocemos que sería altamente satisfactorio realizar los trabajos concurrentes a tal finalidad para caracterizar positivamente la bondad del sector del cabo San Antonio.

Bien que dejamos sentada esta franca opinión respecto de la situación privilegiada de éste sector litoral, no es necesario insistir sobre la amenaza a que podría dar motivo el entusiasmo desmedido de esta defensa, digna, por cierto, de ulteriores comentarios.

Desde luego, el sector marítimo del cabo San Antonio debe responder ampliamente a todas las necesidades actuales de la pesca, ya que podrá garantizar la realización de los más amplios proyectos. Al cumplimiento de las finalidades señaladas hay que agregar la necesidad de construir un puerto y para ello no habría tal vez lugar más apropiado que el arroyo de San Clemente, cerca del faro actual o bien el riacho Ajó. Este punto probablemente es el que mayor interés ofrece para el establecimiento de un puerto pesquero, si

bien el acceso debería ser motivo de un canal dragado, desde que afuera el mar es muy displayado. Requiere estudiarse y presentarse las bases para la ejecución de esta importante obra para fomentar la pesca y a tal efecto ya hay muchos estudios realizados que podrían aprovecharse, al menos para orientar el criterio técnico que sirva de punto de partida para el proyecto general de la obra.

Considerando la profundidad natural del río Ajó, no cabe duda que allí está indicado el puerto pesquero, pues sería error fundamental, tanto de concepto como de método, propiciar las pesquerías en grande escala sin habilitar lo más esencial, que es el sitio de resguardo para el capital flotante.

En el caso de hacer un canal de acceso al río Ajó, aunque sólo tenga una profundidad de cuatro metros, se podrá iniciar las operaciones de pesca sin defecto alguno grave para el desarrollo natural de la industria, puesto que el puerto de Ajó, para los efectos pesqueros, casi no necesita hoy ninguna obra artificial fuera del canal de acceso, ya que tiene ordinariamente una profundidad de dos a tres metros y esto es suficiente para las embarcaciones que, como se comprende, no serán probablemente mayor de cincuenta toneladas. Si se tomase por base el puerto de Ajó para desarrollar la pesca en la zona del cabo San Antonio, no excluiría de ningún modo la ayuda que pudiese prestarse eventualmente en San Clemente, sitio igualmente aprovechable para tal fin.

Todo el trabajo preliminar que en tal sentido pueda hacerse ha de reforzar de inmediato el servicio de la pesca, dándole oportunidad para desarrollarse fácilmente sin afectar en forma alguna los intereses creados por la pesca en los demás sectores del litoral atlántico y particularmente en Mar del Plata.

En el cabo San Antonio han de explotarse las pesquerías intensivamente y no puede menos de llamar la atención que las numerosas riquezas que ese sector encierra en materia hidrobiológica, se encuentran relegadas a último término, cuando constituye este sector el centro más rico de pesca y más próximo a los mercados de consumo. Y el afán de pensar en la explotación de la pesca en lugares alejados es en cierto modo un contrasentido o un error, que no puede menos de herir los intereses de la industria.

Otro de los motivos por los cuales debe recomendarse especialmente el sector del cabo San Antonio, finca en las circunstancias especiales para la navegación hasta los puertos de La Plata y de Buenos Aires.

A eso podría agregarse el factor innovador y benéfico de traer el pescado fresco en barcos con frigoríficos, de marcha acelerada, idea

siempre plausible desde el punto de vista del beneficio que implica para el consumidor.

Y esa forma de transporte se explica y se justifica, a poco que se piense que en el término de diez o doce horas puede hacerse el trayecto desde el punto de pesca hasta cualquiera de los puertos mencionados.

Indudablemente no debe defenderse de un modo absoluto este sistema, pero ante la falta de línea férrea, hoy no habría tal vez otro remedio que transportar la pesca por medio de embarcaciones

Indudablemente no debe defenderse de un modo absoluto este expediente, tal vez por mucho tiempo.

XXII

DEL PERSONAL CIENTÍFICO DIRIGENTE Y DE LOS EJECUTORES PRACTICOS

Incuestionablemente, las condiciones actuales demuestran la necesidad de desarrollar los recursos alimenticios del mar para satisfacer la demanda, no sólo de ahora, sino, y principalmente, del futuro. Atento que las oportunidades para asegurar el entrenamiento especial en los principios generales de la industria pesquera, son extremadamente limitadas, por el momento, debido a la falta casi absoluta de elementos preparados en las instituciones educacionales del país, donde este entrenamiento especial no se practica todavía, bien se comprende la alta importancia que debemos atribuir al personal dirigente, no solamente para el servicio oficial de la Nación, sino también para los industriales en particular, quienes sin este recurso no podrán ventajosamente empeñarse en las faenas pesqueras, en pequeña o en vasta escala.

Tenemos, pues, que recomendar el establecimiento de cursos en la materia de pesca, que vendrán a originar un nuevo campo de actividad para muchos que podrán adaptarse a esta clase de trabajo y al mismo tiempo ofrecer una fuerza positiva de personas idóneas, bien entrenadas, que encontrarán ocupación provechosa en el país.

Con todo, lo que debe recomendarse particularmente, es el establecimiento de cursos que abarquen toda la modalidad pesquera y sean agregados al programa educacional de uno de los institutos de enseñanza superior del país.

Necesitaríase un curso completo y no sobre determinados tópicos, pues así lo reclama la complejidad de la materia y no ha de ser difícil involucrarlo por partes, en la escuela de ciencias naturales

de la Facultad de ciencias exactas, físicas y naturales y en la Facultad de ciencias económicas, de la Universidad de Buenos Aires.

Cóncviene formular un selecto plan de estudios, donde se dé toda la teoría necesaria para preparar al estudiante y aun la práctica de ciertos trabajos. Trataríase, desde luego, de preparar varias clases de estudiantes, quienes podrían optar por el curso completo o bien por parciales, subdividiendo las materias atingentes a la preparación de : 1° piscicultores prácticos; 2° maestros de pesca de altura; 3° investigadores hidrobiólogos; 4° maestros industriales de la pesca.

Consideramos que todas las universidades del país ofrecen hoy en sus programas cursos sobre sujetos fundamentales como la biología general, zoología, botánica, física, química, etc. Asimismo es preciso agregar como indispensable para la buena preparación técnica, por lo menos los cursos concernientes a las especialidades enumeradas, sin contar también cursos complementarios de economía pesquera.

Realmente, para preparar buenos piscicultores prácticos habría que ofrecer un programa de estudio que involucrase los siguientes tópicos :

a) Ictiología general; *b)* Zoología y botánica acuáticas; *c)* Principios generales de piscicultura; *d)* Piscicultura práctica; *e)* Hidrología y mecánica aplicada a los problemas de la piscicultura; *f)* Fisiología animal; *g)* Principios generales de nutrición; *h)* Genética y principios de crianza.

Habría que dar a los maestros de pesca de altura el siguiente programa :

a) Biología marina; *b)* Preparación de los productos a bordo; *c)* Economía administrativa; *d)* Métodos de pesca; *e)* Trigonometría y navegación.

A los investigadores hidrobiólogos, el curso comprendería la siguientes materias :

a) Oceanografía en sus partes física, química y biológica; *b)* Embriología general; *c)* Ictiología económica.

A los maestros industriales de la pesca corresponderían las siguientes materias de especialización :

a) Zoología acuática; *b)* Química industrial y sanitaria; *c)* Bacteriología general; *d)* Física.

Este esbozo, tal vez no cupiera en el programa de la enseñanza actual, pero no habría inconveniente alguno en puntualizar el curso y organizar para ello un colegio de pesquerías, que bien podría depender de una de la facultades de la Universidad de Buenos Aires, sin duda, de la de ciencias exactas, físicas y naturales, o bien, de la de ciencias económicas. Es claro que este colegio, en el caso de crearse, tendría indicada su ubicación en Mar del Plata, pues

allí encontraría todas las ventajas posibles y las mejores oportunidades para el estudio concurrente de las pesquerías locales.

Para organizar el colegio enunciado se necesitarían muchos elementos y también podría tener cabida en él la buena y simpática iniciativa de instituir un laboratorio hidrobiológico en la forma propiciada por el profesor Martín Doello-Jurado (1).

Acaso no haya otra forma de adaptar a la Universidad de Buenos Aires este apéndice, muy bien auspiciado, sin duda, pero que dentro de la actual esfera de acción de la Universidad no sería posible mantenerlo en constante experimentación. Y no debe olvidarse que en esta materia los principales cooperadores materiales del colegio, y en su caso de la Universidad, serían los mismos pescadores y empresas, muy particularmente al tratarse de trabajos prácticos.

Investigación de la mayor urgencia es la que se relaciona con el relevamiento submarino en toda la extensión de la meseta continental para conocer los relieves inmersos. Tendríamos que hacer la carta batimétrica del mar argentino, para tener un perfecto conocimiento de la topografía submarina y de su constitución natural.

Bien estaría, al mismo tiempo, el estudio térmico del mar en las diversas estaciones del año, tanto en la superficie como en las capas intermedias hasta el fondo. También se investigaría, de un modo general, toda la hidrobiología marina, así como la composición química de las aguas y muy particularmente la salinidad.

Sin embargo, para concurrir al estudio y las investigaciones señaladas, estaría siempre indicada la intervención de la Universidad, puesto que se trataría de una consagración completa a las ciencias oceanográficas, cuya importancia, por las actividades que su conocimiento puede engendrar, daría lugar a la formación de personal especializado.

Realmente, esta materia no puede en manera alguna salir del fuero propio de las instituciones universitarias, sobre todo si se tiene en cuenta que semejantes trabajos requieren efectuar cruceros prolongados a fin de dar base sólida al desarrollo ulterior de estos estudios.

Todo, pues, indica la necesidad de ir preparando a los futuros especialistas argentinos y gracias al interés subyugante que presenta el mar, tanto para las ciencias, como para la economía pública, no será difícil influir con harta liberalidad al reclutamiento de

(1) *Los estudios hidrobiológicos*, Buenos Aires, 1924.

prosélitos en la rama de la oceanografía. No obstante, hay que repetirlo, las conferencias no bastan si, sobre todo, concurre a ellas un auditorio poco interesado o poco atento. Por otra parte no se trata de llamar, simplemente, la atención de los poderes públicos, porque el claro que ponemos en evidencia, no habrá de llenarse sin crear primero los especialistas científicos dirigentes y el establecimiento de un centro de estudios oceanográficos estrechamente ligado a las industrias marítimas, donde a la vez que teoría se haga mucha práctica.

Es preciso dar instrucción técnica eficaz para dirigir la industria

Para dirigir bien la industria pesquera es preciso contemplarla paralelamente con la agricultura. En las escuelas agrícolas se requiere, además de los estudios teóricos, un curso práctico de faena para graduarse. En el Colegio de pesquerías aludido, esta función sería también indispensable.

Sin preparar personal apto para inciar y dirigir las diversas actividades de la pesca, será difícil alcanzar el perfeccionamiento tan deseado. Para las faenas prácticas como para las investigaciones científicas de aplicación, el colegio ha de ser indispensable. Y glorioso a Doello-Jurado, reafirmamos la necesidad de formar especialistas *hidrobionomos que serán con respecto al agua lo que los agrónomos con respecto a la tierra.*

Sería preciso encarar esta cuestión con un fin eminentemente práctico para contribuir, en primer término, al desarrollo racional de las industrias del mar. Un país como el nuestro, donde forzosamente un día u otro las pesquerías llegarán a un alto grado de explotación, necesitará con antelación preparar la instrucción técnica, como ya se hace en muchos países adelantados, donde se la considera un factor indispensable para el mejor aprovechamiento y para la prosperidad de la industria.

Muy fácil sería para la Universidad de Buenos Aires crear el Colegio de pesquerías y la idea debe recomendarse, acompañando los sugerimientos que en el mismo sentido ha hecho el profesor Doello-Jurado en el opúsculo citado, donde dice, refiriéndose a su proyecto de fundación de un Instituto hidrobiológico : « La Universidad podría ensayar esta nueva vía, promoviendo así el desarrollo de la industria pesquera, cuyo atraso lamentable es debido en gran parte a la falta de personal competente. » Obedeciendo a razones idénticas, en el curso de los últimos veinte años las escuelas de agri-

cultura en el país han surgido en todas partes, mientras nuestros pescadores siguen su trabajo rutinario sin instruirse.

No es posible enumerar las múltiples ventajas que se derivarían del contacto del estudiante con las prácticas del Colegio de pesquerías, además de las oportunidades que un instituto semejante ofrecería a los profesores y especialistas investigadores para empeñarse en el estudio de los numerosos problemas relacionados con la hidrobiología, cuya solución es esperada anhelosamente.

Gracias a la mancomunidad de los estudios teóricos simultáneamente realizados con el acrecentamiento de las faenas del mar, habrá de lograrse un cuerpo técnico capaz de dirigir convenientemente la industria. El pescador argentino necesita, más que nadie, de la virtud emergente del estudio para poder influir luego, como corresponde, en el platillo de la balanza económica, el día que se decida a explotar el mar intensiva y extensivamente.

Al personal técnico que surgiera del Colegio de pesquerías no le faltaría ocasión de empeñarse en la práctica del trabajo, en compañías privadas. En todo caso, como elemento investigador de los problemas relativos a la pesca, siempre estaría pronto a recibir la ayuda financiera de las empresas pesqueras. Realmente será éste el complemento indispensable para la buena organización de nuestras pesquerías. Al desarrollarse la industria debe correlativamente procederse al entrenamiento de personal en todas las fases de las tareas prácticas.

La investigación de todos los problemas que deben solventarse, atingentes a nuestras pesquerías, no podrá realizarse sin la ayuda material de las finanzas. Obvio es que sin este apoyo tendríamos un impedimento fundamental y los pescadores seguirían poco menos que abandonados a su propia suerte.

Muy bien está, sin duda, que se formen verdaderos hombres de ciencia, pero dada la notoria ignorancia que gobierna a nuestros pescadores y que constituye fatalmente una irremediable pérdida de excelentes energías y de una enorme cantidad de recursos acuáticos, es bueno considerar también la necesidad de emplear algunos esfuerzos para ilustrarlos mejor.

En consecuencia, si se crease el Colegio de pesquerías con sus escuelas teóricas y prácticas, y su laboratorio de hidrobiología, sería también esencial no olvidar que tendría este conjunto que servir al mejor y constante adelanto en la preparación profesional del pescador, asunto de inmediata utilidad práctica y que no obstaría al buen funcionamiento, por el contrario, de las investigaciones realizadas en el campo puramente científico.

Natural es que si se llega a obtener un personal bien instruido, el

éxito de las tareas pesqueras debe ser inmensamente benéfico. Las disposiciones para este fin son favorables; están realmente en el ambiente, pero sin la intervención oficial directa tal finalidad no habrá de conseguirse con la amplitud necesaria, ni para bien de las ciencias nacionales ni para el mejoramiento económico del país.

En tales circunstancias un Colegio de pesquerías sería de suma utilidad y estaría perfectamente justificado que se crease como un anexo de la Facultad de ciencias exactas, físicas y naturales. Indudablemente, se trata de un asunto de relativa urgencia, porque ya se van planteando una cantidad de problemas que atañen a la industria pesquera y no es posible que se resuelvan convenientemente sin la existencia de personal competente.

Un Colegio de pesquerías, con su estación hidrobiológica, sería al mismo tiempo un establecimiento original, bien especializado en todo lo que informan los asuntos de la pesca económica y científica y no alteraría absolutamente las ideas ya enunciadas, desde muchísimo tiempo, por varias personalidades científicas del país, tales como el doctor Fernando Lahille, el doctor Angel Gallardo, el profesor Martín Doello-Jurado y otros que se han percatado del interés que reportaría esta creación.

Instrucción profesional del pescador

Al pescador actual, sin descartarlo del concierto general de la obra, no puede considerársele como factor directriz de la industria pesquera. Es necesario prodigarle instrucción para que se beneficie más con su trabajo. Pero quizá el descartamiento sea en cierto modo útil porque, por regla general, el pescador actual es indiferente a la instrucción y se mostraría rehacio a la evolución tan necesaria.

Por de pronto, los pescadores que hoy activan la industria, rutinariamente, forman un gremio proverbialmente inaccesible y por su misma rudeza no se dejan influenciar fácilmente. El problema consiste, pues, en interesar y atraer al pescador por todos los medios, a fin de hacerle esfumar sus prejuicios tradicionales, tan profundamente arraigados.

Advertimos que con la instrucción del pescador, como se hace con el agricultor, se podrían adoptar muchos remedios que lo beneficiarían directamente, introduciendo mejoras substanciales en el proceso de trabajo. Como éste habrá de hacerse más tarde o más temprano, podría contemplarse entonces la necesidad de la escuela práctica del pescador como función propia del Colegio de pesquerías.

Requíerese, de todos modos, instruir al pescador, porque es rehacio a la evolución natural de las cosas, no obstante tener un amor profesional indiscutible, una bravura y una perseverancia manifiestas, cualidades que son bien características de los hombres de mar. Y la preparación profesional será tanto o más necesaria para los jóvenes deseosos de empeñar sus energías en esta orientación, puesto que serán bien compensadas si entran en la senda del trabajo con una buena base de conocimientos.

Es deber de todos los que desean el adelantamiento económico de la Nación, velar del mejor modo por las industrias del mar y fomentar la preparación de pescadores bien calificados no solamente para el mejor rendimiento de su trabajo, sino también para cooperar con los investigadores de la hidrobiología y de todos los problemas vitales que puedan afectar directa e indirectamente los intereses pesqueros.

Una razón que viene a fortalecer esos argumentos reside, precisamente, en que se coartaría la intensificación del trabajo sin la enseñanza conveniente del obrero del mar. Gracias a la ilustración del pescador se obtendrá un gran aliado para la mejor conservación de la fauna, contando, además, con el justo aprovechamiento de los recursos acuáticos.

Debe propenderse a que estos trabajadores del mar sean un factor de real valor para la sociedad y entonces es conveniente instruirlos cuidadosa y sistemáticamente, para que efectúen un trabajo más positivo y que compense todas sus fatigas. Fácil es comprobar que esta misma consideración se tiene en cuenta para todos los gremios empeñados en la producción con el objeto de que ofrezcan a la actividad económica del país un servicio más efectivo.

Si narrásemos y demostrásemos, objetivamente, al pescador todas las incidencias de la historia natural, de los múltiples seres de los cuales depende su bienestar, lograríamos interesarlo en la mejor aplicación de sus líneas, anzuelos, redes, embarcaciones y todo lo que constituye el aparejo de captura.

Reformar la capacidad profesional del pescador significaría preparar el camino para el mejor estudio del mar y acrecentar, a la vez, el trabajo y la industria misma que, sin buena enseñanza de parte de los elementos que deben impulsarla, se conservaría indefinidamente en el mismo estado actual.

Justamente, se tiene el deber de entrenar en el oficio de pescador, a muchos jóvenes que no persiguen un objetivo definido y que convendría orientarlos en las profesiones del mar. Está de más decir que la profesión de pescador es signo de buen humor y de

salud y por lo tanto merece conservarse en su más alta capacidad para bien del Estado.

Es indudable que hay que ilustrar con la mayor amplitud posible en todo cuanto se relaciona con la materia de pesca, para que las operaciones resulten más efectivas y sean mejor remuneradas. Naturalmente, no se trataría, en este caso, de una cuestión del resorte universitario ni de alta preocupación de gobierno, pues el fin que llevaría la enseñanza al pescador sería tan sólo el de servir a la mejor conservación y a la más provechosa explotación, compatible con este principio, de los recursos acuáticos, enseñándole, en consecuencia, los medios prácticos y más eficientes para tal finalidad.

Realizado que fuese este alto beneficio, la organización del trabajo sería más simple y con menos obreros se alcanzaría un mayor rendimiento, evitando así el proletariado de la pesca, siempre inconveniente para la solidaridad espontánea y natural del gremio.

Otra preparación muy diferente de la actual necesitan nuestros pescadores para poder alcanzar las grandes operaciones industriales de la pesca, en sus diversas manifestaciones, que serán fuente importante de recursos y de labor nacional. Un instituto técnico sería de ventajosa aplicación para formar nuestros futuros pescadores, instituto de alto beneficio en la vida de constante relación que deben llevar y con ello se evitarían muchos peligros y vicisitudes a que la ignorancia misma los expone frecuentemente, sin que haya razón alguna para que estas condiciones imperen siempre.

Hay que disciplinar al pescador, puesto que aun no ha merecido atención alguna, no sólo porque así lo requiere la misma ocupación, sino también porque la capacidad actual de su saber profesional es absolutamente inadecuada para la implantación de la industria en la forma deseada.

Es indudable que muchas de las vicisitudes que sobrellevan hoy nuestros pescadores son debidas a su ignorancia y todo justifica su mejor instrucción del oficio. Otra prueba es ésta, útil y fecunda, de la necesidad de crear el Colegio de pesquerías destinado a preparar teórica y prácticamente a los pescadores nacionales con ventajas positivas para la economía de la Nación.

En fin, si orientamos los esfuerzos en la creación de este nuevo instituto, nos aproximaremos, cada vez más, a los intereses marítimos, anhelo y necesidad puestos de relieve en todo momento y que un sentido de responsabilidad hace indispensable llevarla a cabo.

Tenemos que cumplir con ese deber para obtener el éxito previsto en las tareas pesqueras. Son muchos los adolescentes de hoy que podrían iniciarse ventajosamente en la vida marinera asimilándose maravillosamente el gusto profesional por las cosas del mar.

XXI

VERDADERO IMPULSO QUE DEBE DARSE AL DESARROLLO PESQUERO

El verdadero desarrollo pesquero necesita del capital. Sin potencia financiera se tropieza con toda clase de dificultades que redundan luego en la carestía de la producción. A medida que se normalicen los factores concurrentes al progreso de la pesca, se verá la imprescindible necesidad de las grandes empresas para aprovechar integralmente nuestra rica y abundante fauna acuática.

En materia de pesca las iniciativas modestas no pueden alcanzar debidamente el desarrollo deseado, de producir mucho y vender a baja cotización.

Mientras el mercado de consumo y la fuente de producción acuática estén espontánea y recíprocamente abiertos al comercio, es de suponer que los elementos se acercarán a empeñar en las industrias del mar los capitales necesarios, protegidos ampliamente por la legislación respectiva.

Todo el problema pesquero no se ha de reducir a explotar para llenar las necesidades del consumo propio. La eventual exportación de pesca conservada será el sostenimiento subsidiario de los grandes capitales.

Notorio es que antes de extinguirse la empresa pesquera « La pescadora argentina », sobre una producción total anual de 15.000 toneladas de pescado, las dos terceras partes eran recogidas por los vapores de esta empresa.

Esta ventaja de los elementos sólo puede proporcionarlos el capital y por ello es necesario favorecer la implantación de grandes empresas, para sentar base en diversos puntos de la costa, donde se construirán atracaderos apropiados, fábricas y la misma colonización.

Observamos ya, varias veces, que la fauna marítima es copiosa en todas partes. Esto no obstante es preciso recordar que toda la costa de los territorios del sur es casi desierta y las empresas pesqueras de gran vuelo no tendrían por ahora un mercado posible para realizar el comercio inmediato de los productos.

Reconociendo entonces esta falta de mercados próximos, la industria en grande escala encontrará dificultades para radicarse lejos. En todo caso, conviene que las empresas de pesca operen con el máximo posible de elementos, en razón directa de la distancia de los mercados.

Obvio es que este criterio, aun más severo si cabe, habrá de apli-

carse no solamente a la pesca propiamente dicha, sino también a la explotación de los cetáceos y las focas. A esta modalidad de explotación hay que ajustar, sin embargo, un procedimiento especial para que no se perjudiquen las especies.

Es de todo punto de vista conveniente la formación de corporaciones con respetables capitales para explotar debidamente las industrias marítimas. Para que la pesca sea productiva deben emplearse buenos elementos y especialmente embarcaciones adecuadas.

El buque es lo primordial y es preciso que sea de capacidad suficiente. La captura diaria de una buena embarcación de pesca debe aproximarse a cuatro o cinco toneladas, cuando menos, y para ello es preciso que el porte y condiciones del barco aseguren la navegación lejos de la costa.

Tal vez no fuera necesario excederse en el tonelaje, ya que barcos de cincuenta a cien toneladas son los más adecuados y económicos para el ejercicio de la pesca. Así, pues, hay que concentrar la atención en la flota, desechando el tipo y carácter poco adecuado de las lanchas actualmente en uso en Mar del Plata, que se ven impedidas de ir a la pesca tan pronto como el mar está picado.

Así sobrevendrá una mayor y mejor explotación del mar, redundando en beneficio público, no solamente por el abaratamiento de esta clase de productos comestibles, sino también porque usando elementos adecuados, el mar los brindará en calidad rica y en modo abundante para que todo el mundo se aproveche.

Es preciso tener en cuenta que el desarrollo pesquero deberá ser una obra que tendrá que responder en todo momento a los sacrificios que la misma exija de los capitales, para que de tal modo se convierta no sólo en factor bienhechor de la población en general, sino también de los pescadores en particular. Naturalmente, el capital que se emplee en la industria pesquera es el que regulará la importancia de este renglón de la economía pública.

Las pesquerías habrán de desarrollarse en armonía con las actuales necesidades y con las perspectivas de nuevos mercados y un mayor consumo general de productos de origen acuático. Y este equilibrio podrá únicamente hacerse con la base de empresas de reconocida solvencia y responsabilidad, tanto para organizar la explotación misma, cuanto para facilitar el comercio de los productos frescos y conservados.

Desde luego, la pesca habrá de explotarse siempre conservando una discreta relación con la capacidad exacta del consumo y no, como podría suponerse, con relación a la extensión litoral ni de la extremada riqueza orgánica que hospeda.

Aumentar desmedidamente la explotación de la pesca, podría re-

sultar contraproducente. Tendríase que ajustar la captura a un amplio y regular abastecimiento, sin sobrepasar demasiado el límite posible de consumo. Se comprende, desde luego, que no es preciso embarcarse en grandiosos proyectos, sino, más bien, resolver el problema pesquero en vista de consolidar la industria sin que importe, de ningún modo, un sacrificio para el Estado.

Nuestras pesquerías de mañana deberán contemplar atentamente la necesidad de evitar todo recargo inútil o superfluo en el costo original de la producción. Si planeamos las líneas generales concernientes a lo que debe ser la industria pesquera, ciñéndola a una explotación racional y suficientemente amplia, con elementos modernos, debe estudiarse primeramente la producción aplicada en sus posibles y diversas fases.

Por consiguiente, sin un análisis profundo del problema, la fuente de grandeza económica no tributará la prosperidad real que se espera. Mientras carezcamos de elementos apropiados a la acción explotativa de la pesca, conforme lo aconsejan los principios científicos de que hemos hablado no será posible evolucionar gran cosa en esta materia.

En todo caso no se justifica, ni es ya explicable, que sigamos con el signo embrionario en la industria pesquera que, en realidad, está ocupando un plano de ínfimo orden en el concierto de las actividades generales de la república.

La verdad pura y escueta es que las pesquerías argentinas de hoy no conciben con el progreso alcanzado en la evolución de otras energías nacionales, que son hoy emporio de progreso y prosperidad pública.

Y si, en realidad, la pesca no condice con los demás progresos que hemos alcanzado con otras industrias, es sencillamente porque la explotación y el comercio se hacen por medio de procedimientos harto primitivos y hasta peligrosos, todo lo cual redundando en desprestigio de esta clase de producción y acarrea, como lógica consecuencia, el desaliento general en esta rama de la economía.

Consiguientemente, se impone dar una orientación que permita desenvolver la producción pesquera con las mayores ventajas posibles. Conseguir, en suma, vigorizarla con nuevos procedimientos, a fin de que represente un factor de considerable valor económico y en estado de creciente y progresivo aumento.

Una explotación superior sólo habrá de conseguirse con nuevos y mejores elementos que los empeñados en la actualidad, pues el mar brinda de un modo más o menos permanente y abundante colosales cosechas.

Reforzando entonces la acción de los pescadores actuales con em-

presas de pesca de altura, la industria ha de salir muy pronto del estancamiento que hoy se observa. Recurriendo al capital, utilizando los conocimientos profesionales y consultando las opiniones de cuantos están empeñados o ligados de algún modo a la industria, se conseguirá fácilmente orientar convenientemente el desarrollo de esta energía productora del país.

A la amplitud que la industria pesquera está llamada a tener, deben responder todas esas facilidades que han de brindarle la oportunidad de hacerla más provechosa y económica.

Empresas de gran vuelo

Riquezas naturales como la pesca hay muy pocas en el país y ninguna ha merecido menos atención, tanto de parte del gobierno como del público. A los esfuerzos aislados que se promovieron hace algunos años no correspondió el afianzamiento ni la organización de esta producción.

Hay que comprender que cualquiera tentativa improvisada no siempre va coronada de éxito. Verdaderamente, en cuestiones de pesca sólo pueden alcanzar un beneficio completo las empresas que las acometen con abundantes recursos financieros para hacer frente a todas las situaciones que ofrece el completo desarrollo de esta industria.

Por la misma riqueza que supone la fauna acuática, por las perspectivas del mercado interno de consumo y aun por la eventual exportación de productos de la pesca, se impone metodizar la explotación con grandes capitales que, por otra parte, son los que originarán también la radicación de brazos.

Las innumerables innovaciones y reformas que deben ponerse en práctica, no sólo en la explotación, sino en el mismo régimen comercial de la pesca, exigen la intervención de empresas de gran vuelo.

Verdaderamente, el desarrollo pesquero no puede concebirse sin la mayor ayuda del capital, conjuntamente con disposiciones legales que los garanticen. El capital, que en cantidad considerable pide la industria pesquera nacional, es el único que facilitará el trabajo a miles de personas y no debe ni puede encontrar obstáculos en su aplicación.

El capital que se necesita para levantar la industria pesquera no lleva de ningún modo un fin puramente experimental, ya que desde el primer momento ha de reeditar el interés correspondiente. Hay suficientes ejemplos inequívocos que afirman este criterio.

Justamente, podríamos citar una vez más a la compañía « La pescadora argentina », cuyas actividades, en años pasados, le producían beneficios que compensaban perfectamente sus esfuerzos.

Desde luego, las grandes empresas han de tomar todas las precauciones necesarias para que el trabajo de aprovechamiento de la pesca alcance el más alto grado de perfección. Apoyándolas con suficientes recursos no hay duda que pueden así resolver el desarrollo de tan lucrativa industria.

Una vez que se dedique un poco de atención a este problema se revelará el doble valor que tiene el concepto de las empresas de gran vuelo, ya que, por un lado, habrán de reforzar el nervio impulsor de la marina mercante y, por otro lado, llevarán también provechosa y fácilmente la civilización industrial en las costas abiertas al océano, donde otras energías tal vez no tuviesen arraigo sin invertir grandes sacrificios.

A las grandes compañías que se dediquen a la pesca se unirá también la formación de marinos bien ejercitados en mares procelosos e inclementes, llenos de audacia y energías, ya que habrán de soportar mayores peligros y más grandes fatigas y privaciones que los pescadores costaneros, que sólo van al mar cuando el tiempo es relativamente bueno.

A estos argumentos en favor de las grandes empresas hay que agregar la influencia económica y comercial que pueden ofrecer como incentivo seductor y emulador para atraer nuevos afanes en beneficio del adelanto general de las industrias subsidiarias de la pesca.

Las empresas pesqueras de gran vuelo son las que forzosamente han de explotar mejor esta fuente de riqueza inapreciable, en todos los recursos de la producción y en la misma organización del mercado, ostentando la capacidad industrial, la opulencia marítima y estimulando moralmente a la población del país.

Además de la iniciativa de las mismas empresas para colonizar las costas marítimas, que supondrá la habilitación material del trabajo en lugares baldíos e inhabitados, hay que convenir que el gobierno no tendría ningún sacrificio que realizar para iniciar el mayor impulso industrial pesquero.

Fácil es advertir que no falta en el país el espíritu industrial. De contarse con capital, el problema se resuelve como por encanto, y en vista de la importancia que pueden revestir las industrias marítimas no se alcanzaría a comprender bien que los argentinos olvidemos semejante riqueza.

Los tiempos que vamos corriendo no son inoportunos para realizar este deseo general. Y tampoco la situación es complicada al

punto que conmueva a una resistencia de ir a buscar en el mar un venero notable de grata realidad.

No tenemos más que inspirarnos un poco en el ideal de grandeza y de prosperidad nacional, para considerar que es factible y viable la forma de activar la industria pesquera, con todo el interés que merece.

Desde luego, debe animarse al capital para dedicarlo a este ramo del comercio y emplearlo abundantemente en la explotación racional, de esta verdadera mina que todavía espera los brazos y las energías de sus beneficiarios, sus propios dueños. A las inmensas costas bañadas por el Atlántico y especialmente en las bahías y ensenadas naturales, la industria pesquera transformará en lugares de actividades múltiples, con positivo beneficio, pero a condición de que el capital contribuya generosamente por intermedio de empresas de gran responsabilidad.

Muchas empresas podrían enriquecerse con esta clase de negocio, resolviendo al mismo tiempo el grave problema de la alimentación barata, porque únicamente con grandes recursos y multiplicidad de medios es posible llegar al resultado apetecido de destinar en alto grado los productos de la pesca al consumo general.

Se debe proponer la formación de compañías pesqueras para promover la explotación de la pesca de altura, con embarcaciones bien equipadas y con una organización capaz de resolver cualquier aspecto del problema.

Esas compañías tendrán por mucho tiempo un vastísimo campo de acción para desarrollar sus actividades y éste es, puede decirse, el momento psicológico para emprender la industria pesquera en forma apropiada.

De todos modos, si el asunto se encara como es debido, no hay duda alguna que el esfuerzo que se realice saldrá coronado por el éxito y será de provecho general. Por lo pronto este provecho será directo para las empresas que se inicien en el ramo y para los mismos pescadores que serán bien remunerados y salvados de las garras de los intermediarios.

De otra parte, ese provecho alcanzará últimamente al consumidor, quien se beneficiará, indudablemente, por la reducción del precio del pescado. Debemos entonces prestigiar definitivamente las empresas de gran vuelo, bien organizadas para que sus capitales no corran riesgos, y esto será factible trabajando en la pesca de altura, particularmente fuera de las costas de la provincia de Buenos Aires, con embarcaciones bien sólidas, capaces de afrontar el mar.

Una vez elegida la base, el pescado deberá desembarcarse y previa refrigeración será remitido a los mercados de consumo, sea por

mar o por ferrocarril, según convenga. El uso de vapores para la pesca, accionados a carbón, ya no sería, tal vez, conveniente.

Dado que las embarcaciones adecuadas pueden construirse en el país, con maderas apropiadas de nuestra flora, será prudente incitar al trabajo de carpintería naval, lo que redundaría en dos beneficios : 1° dar movimiento a las tareas ribereñas (pequeños astilleros); 2° responder mejor al desarrollo de las industrias marítimas.

Puertos económicos para la pesca

Indudablemente, fuera de Mar del Plata, Necochea, Bahía Blanca y San Blas, la costa de la provincia de Buenos Aires carece de buenos refugios para resguardo de embarcaciones. En vista de la utilización económica de embarcaciones a motor de un desplazamiento medio de cincuenta toneladas, hay que pensar que la flota pesquera podría multiplicarse y tomar base o punto de apoyo en otros puntos de la costa que actualmente no ofrecen garantías de resguardo.

Grande, pues, sería el beneficio de construir pequeños puertos económicos para resguardar esos capitales. Se podría construir un puerto típico, de esta naturaleza, en un lugar adecuado de la ensenada de Samborombón, realizando un rompeolas simplemente y un canal, pero siempre sobre una base económica.

Uno de los inconvenientes graves que podría realmente presentarse sería el concerniente a la base de la flota pesquera, si el lugar destinado no reuniese las condiciones indispensables de seguridad.

No obstante, hay casos en que las mismas empresas pesqueras, contando con suficiente capital y crédito, podrían por sí mismas solventar el problema portuario sin la ayuda del Estado. Obviando esta dificultad, todo lo demás sólo consiste en meros detalles, de valor y efecto más aparente que real. Si las empresas de pesca fracasasen solamente por el factor puerto, ello sería justificado, pero por ningún otro motivo es razonable suponer en el fracaso.

Todos estos puertos deben habilitarse por medio de construcciones económicas y al solo objeto de servir a las embarcaciones que se dedican al servicio de la pesca. Ajustando malecones, simplemente, pueden habilitarse, en muchos casos, puertos convenientes para este oficio, puesto que no se necesita otra cosa que facilitar el atraque de las naves y el desembarco de la cosecha.

Empresas de alto vuelo pueden proveer fácilmente el puerto pesquero, sin que para ello sea preciso construir dársena o dique

especial. Por supuesto, con un ligero abrigo, bien escogido, para refugio de las embarcaciones en los malos tiempos, el problema fundamental quedará resuelto con relativa facilidad, en la mayor parte de los casos.

Al lado mismo del puerto deberán habilitarse los establecimientos frigoríficos y anexos correspondientes para la limpieza y clasificación cuando ésta no hubiese sido hecha previamente a bordo. Y según la ubicación, pero siempre es necesario, el ferrocarril deberá tener acceso al mismo puerto y con ramales a los diversos establecimientos a fin de que la expedición hacia los mercados consumidores se realice en las mejores condiciones de higiene, rapidez y economía.

Y ¿para qué insistir sobre la cuestión del transporte? Indudablemente para todos los puntos apropiados del litoral bonaerense existe la posibilidad de llevar el ferrocarril y desde cualquier punto, por tren ordinario, la mercadería puede llegar al principal mercado de consumo en breves horas.

No pasaría de ocho horas el viaje ferroviario, si un establecimiento pesquero se instalase en las proximidades del cabo San Antonio. Esto es verdaderamente ventajoso si se considera, por ejemplo, que la pesca española recogida en la zona de Vigo necesita para llegar a Madrid, un tiempo de diez y nueve horas, por tren ordinario.

Es muy distinta también la situación en que están colocados los vapores de pesca de altura que operan en los mares europeos, pues suelen estar fuera hasta ocho días, recogiendo, decapitando eviscerando y refrigerando los pescados para conservarlos *frescos* hasta su llegada a los mercados.

Las condiciones nuestras no exigen este procedimiento, innecesario, al menos en el sector litoral marítimo de Buenos Aires, y con ello ganaría mucho el consumidor porque a pesar del *estado fresco aparente*, después de cinco o seis días el pescado pierde su sabor original.

Nuestros puertos principales de pesca para el consumo fresco, por mucho tiempo, se circunscribirán a las costas de la provincia de Buenos Aires, no con el propósito de reunir finalmente toda la cosecha en el mercado de la capital federal, sino porque desde cualquier punto de la costa donde se instalen grandes pesquerías será posible y fácil expedir directamente el producto a cualquier lugar de la república.

Una empresa pesquera en gran escala será forzosamente vendedora directa del pescado, sea éste escaso o abundante, fijando precios razonables y desterrando, en consecuencia, el sistema actual de ventas por puja, lo que determina que el comprador sea quien fija el precio en vez del pescador, como sucede ahora, que entrega el fruto de su trabajo por un precio muchas veces irrisorio. Pero esto

no quiere decir que el pescado tenga un precio absolutamente fijo, ya que según la variedad y la época del año los abastos de esta mercadería difieren notablemente y en concordancia con las embarcaciones y aparejos que se utilicen en las diversas clases de la pesca.

Indudablemente, la pesca de arrastre, de altura, ha de contar con puertos adecuados e instalaciones completas, como existen en todos los países que tienen grandes intereses empeñados en la pesca. Es difícil mencionar cuáles serán los lugares apropiados a este fin, pero por la abundancia de peces, la naturaleza del fondo marino y la relativa bonanza del mar, las adyacencias del cabo San Antonio están indicadas para que surja allí vigorosamente la industria pesquera.

Consideremos igualmente que en esa zona pesquera no existen todas las especies de la fauna, sino las que tienen predilección especial por las condiciones propias, físicas, químicas y biológicas del lugar.

A las artes de arrastre lejos de la costa deberán dedicarse preferentemente las compañías de pesca que deseen comenzar sus operaciones, que como se ha dicho ya, no deben ser menores de cincuenta toneladas de desplazamiento, bien sólidas y construídas con aparejo de vela y con máquinas de combustión a petróleo.

Industria subsidiaria de la pesca

Se podría industrializar en buena forma una considerable parte de la producción pesquera, dando nacimiento a numerosas actividades conexas con la pesca y a la que darán mayor vigor y afianzamiento fabril.

Indiscutiblemente, la industria que florecerá al par que la explotación de la pesca, será la del frío, para aplicarlo a los productos acuáticos tan pronto como sean desembarcados.

Para tal efecto se harán obras grandes y otras más modestas, sin excluir la misma fabricación de hielo, que tendrá también aplicación en determinadas pesquerías.

Racionalmente, toda pesquería importante habrá de contar con sus cámaras y maquinarias frigoríficas de compresión de amoníaco o anhídrido carbónico. Así también no será posible prescindir de la industria de los hilos para líneas y redes, como de los cabos, en general, para maniobras. Esta industria no podría dejar de surgir, considerando que se tiene en el país la materia prima, especialmente

para los artículos de algodón y de lino y otros que exigen fibras textiles que podrían tal vez cultivarse en el país. Finalmente tendría también cabida la industria del hierro, aplicada particularmente a las diversas necesidades de a bordo, como asimismo a la fabricación de anzuelos y de armaduras para redes y otros aparatos de pesca.

En cuanto a combustibles para la fuerza motriz de la flota, debemos considerar que el petróleo y sus derivados primarán sobre los de otro origen, desde que es el más indicado para las embarcaciones de pesca a las que conviene equipar con motores en vez de máquinas a vapor. Así, pues, la tenencia de petróleo será uno de los factores más fecundos para levantar cualquier iniciativa pesquera.

En los puertos pesqueros de cierta consideración habrán de prosperar muy pronto las industrias de construcción naval, y éstas serán tanto más importantes cuanto mayor sea la explotación pesquera y todos los recursos puestos en servicio de la misma.

Sería igualmente de beneficio que paralelamente con la pesca se desarrollase la explotación de las salinas que en las proximidades de la costa existen en diversos puntos de los territorios del Chubut y Santa Cruz y en el sur de la provincia de Buenos Aires.

XXIII

INSTRUCCION Y PROTECCION AL PESCADOR

No hemos tenido todavía ocasión, en el curso de nuestra historia económica, de ocuparnos del pescador como factor de actividad industrial y comercial y no es, precisamente, menos interesante que otro cualquiera en el concierto general del trabajo nacional.

Naturalmente, son diversas las circunstancias que, en la reseña ordinaria de nuestro haber, han hecho pasar sin mención a este productor. Esto no es imputable ni a luchas de hegemonía ni de intereses, ni a la prerrogativa de un gremio sobre otro. Desde luego, ha sido nada más que un simple e injustificado olvido.

No hemos de formular reproche, sino llenar ahora el vacío en homenaje a las consecuencias que ha de traer la industria pesquera. Consideramos que la lógica inexorable del progreso argentino, desde su emancipación política, parece indicar que tenemos un privilegio natural pero que, usado sin inteligencia podría tal vez producir desarreglos en el ordenamiento general de nuestro patrimonio.

Si llevásemos a los pescadores a un estado más provechoso de acción, tampoco podríamos dejarlos enteramente libres, con la ri-

queza marítima en sus propias manos para proceder a su libre albedrío. Esta enseñanza sería con el objeto, tan sólo, de mejorar las condiciones de la explotación para que el gremio lleve una vida menos azarosa.

Tratándose de esta cuestión no hemos de llevar tampoco las cosas al extremo, ni pedir para los pescadores otra mejora que la que por simple derecho les corresponde. Salir de la rutina, en otros términos, y evolucionar naturalmente, como cuando el hombre primitivo percatado de su lenta locomoción propia, quiso superarla persuadiendo al caballo y al camello para satisfacerlo.

A cada tiempo su construcción. Con el pescador de antaño quedamos, naturalmente, encuadrados en un marco demasiado estrecho y con la evolución general debemos invitarlo a colocarse en el estado de acción que corresponde. Si así sucede, él mismo encontrará la evidencia de su poder como humilde constructor de la economía pública.

El pescador deberá ser un productor y no un destructor. Obvio es que para llegar a estos términos hay que sacarlo del carácter rutinario que lleva desde los tiempos primitivos. La explotación racional de la pesca no consiste en dilapidar la riqueza natural de las aguas sino en prevenir el exterminio, que es lo principal.

Todos los seres, desde el ridículo cetáceo cuya enorme mole y fuerza rivalizaría con el Leviatán de la innovación de Job, hasta la delicada sardinilla, cuya brillantez de flecha plateada, marcha indiferente en el piélago inmenso, deben explotarse, sin extinguirlos, tan sólo para llenar la justa necesidad del mercado.

Muchos son los que consideran que en la explotación pesquera hay un lado bueno y otro malo. Una verdadera figura de este asunto no puede representarse y entonces es menester procurar, al menos, el establecimiento del equilibrio ideológico, pero sin convencionalismos que se destruyan por sí mismos. Esencial es, para ello, estar en el terreno de los hechos familiarizados con las maravillosas revelaciones del mar.

Y cuando los pescadores se percatan de que el margen de beneficio es nulo o que se revelan pérdidas en el balance de sus operaciones, el asunto se torna peligroso para la conservación de las especies, porque inmediatamente buscarán la manera de rehabilitar condiciones y métodos para evitar su propia ruina.

La cuestión, desde luego, no es de simple análisis ni de formulismos derivados de impresiones provocadas en el primer momento. Justamente debe considerarse, como es proverbial entre los ingleses, con moderación y fría lógica, sin entusiasmos irreflexivos, porque suelen ser perjudiciales.

Sin duda, el trabajo de explotación pesquera ha sido hasta ahora muy empírico, con razonamientos *a priori*, y es justificado que los pescadores quieran conocer los fundamentos más o menos exactos de su trabajo. La demostración no siempre resuelve prácticamente el problema y entonces el pescador se deja conducir por sus prejuicios, que se imagina superiores a todo, porque siempre los consideró tales.

El pescador se satisface cuando sabe que el pescado abunda, pero, otras veces, sus sublimes sacrificios lo conducen a la desesperación y a la ruina. Y, sin embargo, el pesimismo, que es una de las fáciles virtudes, se profesa generosamente después que los acontecimientos han tenido lugar, aventurando fórmulas, que lejos de remediar la situación contribuyen a destruir la vida acuática en grado proporcional a la ignorancia en que se encuentra relegado el pescador.

Todos los actos de los pescadores, en faena, deben pues someterse a reglas y esto es lo que dará el supremo impulso a nuestras pesquerías. No es justo que cada cual haga lo que le parezca, teniendo conciencia de su voluntad, y por ello ha de ser indispensable instruir al pescador para su propia protección.

Enseñanza elemental de la biología económica

Grande será la utilidad de enseñar a nuestros pescadores los principales elementos de la biología que a ellos directamente interesa. La enseñanza de esta materia debe condensarse y realizarla con demostraciones prácticas. Se debería darles los suficientes elementos de juicio para que pudiesen adaptarse al asunto.

Bastaría enseñarles las fases esenciales de la vida acuática, en tipos que llamen su atención y demostrarles que toda esa colectividad de seres que recogen en el mar, indirectamente son tributarios de seres inferiores, tanto animales como vegetales, y que no existirían las especies que explotan sin la primaria existencia de las más minúsculas formas acuáticas.

Realmente, este es el punto más importante que debe inculcarse al pescador, porque conociendo esta relación podrá entonces convertirse en un factor, o mejor dicho, en un contralor eficiente para la obra constructiva futura de nuestras pesquerías. Con conocimientos básicos de esta índole el pescador progresará y también nos aproximaremos más a la perfección ideal de la explotación de la vida acuática de valor económico.

Si el pescador no conoce o no alcanza a comprender esa comple-

ja balanza de la vida acuática no podrá experimentar los sentimientos morales ni interpretar juiciosamente las disposiciones reglamentarias y le será así más difícil adaptarse a las circunstancias, quedando más bien encerrado dentro de un estrecho horizonte.

Muy importante ha de ser para el pescador el análisis detenido del contenido estomacal de las especies que captura, a fin de formarse un juicio sobre la alimentación propia de cada especie. Resultando en muchos casos la identificación de este material de nutrición algo difícil, podrán ocurrir al laboratorio para aclarar el problema. Fácil será entonces que se familiarice y cimente mejor su juicio para realizar su trabajo, pues hoy es incompleto y muchas veces inútil.

Además de familiarizarse mejor con el reino orgánico acuático el pescador necesitará cierta instrucción relativa a los fenómenos más salientes del océano que influyen en el traslado de los inmensos cardúmenes de peces migratorios. El pescador futuro, en suma, debe ser un factor positivo en la ayuda del conocimiento de la hidrobiología y debe para ello proveérsele de la enseñanza suficiente a fin de que siegue los campos marítimos, lo mismo que el agricultor siega sus cultivos.

Si las afirmaciones apuntadas pudiesen parecer absurdas, debiéramos oponer a tal parecer la conciencia endurecida de los actuales pescadores, sumidos en tan absoluto vacío que ignoran generalmente los principios concretos de las reformas que desprecian.

Es misión oficial la de proclamar estos principios y difundirlos con absoluta veracidad entre todo el gremio y los que indirectamente trabajan con la materia de pesca. Otro punto de importancia para hacer buenos pescadores es el de acostumbrarlos a la observación sistemática de la biología, para que contribuya rápidamente a la solución de los grandes problemas de la maravillosa obra de la naturaleza marina.

Ahora no es el momento de iniciar esta tarea reformadora, pero sí es necesario producir un movimiento en la conciencia general, echando el sedimento de la nueva teoría para responder a las modernas exigencias del progreso económico de la pesca.

Mientras resolvamos ayudar este movimiento tendremos que luchar rudamente hasta conseguir todos los detalles del éxito en la evolución hacia el perfeccionamiento de la industria pesquera y al obrar de este modo mantendremos al pescador reconciliado con el medio en que trabaja, pues conocerá muchos de los misterios que hoy ignora y podrá entonces aplicar oportuno remedio, sobrellevando también las fatigas con más satisfacción.

Al beneficiar al pescador se beneficiará también el público por

el mejor resultado de sus labores y será honroso para el país aprovechar racionalmente una de sus más valiosas fuentes de riqueza natural. Muchos podrían dudar de que, en la práctica, estas cosas resultasen benéficas, pero su realización es absolutamente de carácter positivo y de mérito superior.

Indiscutiblemente, la solución de este problema de enseñanza se trocará en un adelantamiento substancial y eficiente de la explotación general de la pesca y será el primer paso hacia el camino de la consciente conservación de los recursos naturales acuáticos.

Con este pequeño sacrificio, el campo de batalla será surcado por naves, con pilotos defensores de la biología, con la preocupación del mañana, y se complementará satisfactoriamente la tarea que el sabio realice en su laboratorio, en su silencioso retiro, en favor de la ciencia oceanográfica.

A este punto de vista educativo del pescador hay que considerarlo como el principal problema de toda la cuestión pesquera y debe orientarse convenientemente y sin escrúpulos de ninguna naturaleza a fin de favorecer a esos audaces trabajadores del mar que hoy carecen de ayuda efectiva para aplicar a sus fatigosas tareas un criterio verdadero y científico.

Arbitrios indispensables para la navegación

No practican hoy nuestros pescadores la navegación fuera de la vista de tierra. Es que aventurarse más lejos implicaría para ellos una imprudencia y constituiría también un peligro, puesto que no tienen siquiera las nociones indispensables que necesita el navegante. Toda excepción que pudiera haber a este respecto sería muy digna de ejemplo, pero tal vez no haya un solo pescador que practica ni teóricamente conozca los principios elementales de navegación.

Esta enseñanza es igualmente utilísima y es un deber imperioso instituir un curso elemental de navegación para uso de los patrones pescadores encargados de la ruta. Por esta circunstancia, precisamente, no se realiza la pesca, hoy día, más que en las proximidades de tierra. A esta competencia en la navegación no puede oponérsele mayores argumentos, desde que no sólo beneficiará el trabajo del pescador, aventurando un barco a mayor distancia de la costa, sino que contribuiría a la seguridad de la tripulación y del capital mismo.

Bien se comprende el objeto de ilustrar, elementalmente si se quiere, al pescador que, aun cuando no se aventure lejos de tierra,

por una circunstancia imprevista podría extraviarse y, falto de toda orientación, correr inminentes peligros. El pescador que se preocupa de su profesión y ambiciona una cosecha concordante con su esfuerzo, no puede estar supeditado al radio pequeño de acción a que lo obliga la falta de conocimientos náuticos.

Así resulta, en la práctica, que en un sector de naturaleza apropiada para la explotación de tal o cual especie no alcanza el pescador actual a trabajarlo, porque sería una locura arriesgarse en sitios donde ya ha perdido de vista la costa.

En el mar no se puede prescindir del conocimiento de la situación y el patrón pescador que ignorase este principio no debería persistir en la profesión para la cual no tiene la aptitud necesaria. No es preciso, naturalmente, especializarlo en los intrincados conocimientos científicos de la náutica para que sea un buen conductor de barca pescadora, pero sí es indispensable instruirlo para defenderlo.

Una enseñanza de principios de navegación e hidrografía sería para el pescador un grado más de aptitud personal y un adelanto para la seguridad de todos los elementos que entran en el juego industrial. Realmente, el mar es muy grande para el que no lo entiende, pero se reduce su extensión cuando es considerado por un cerebro instruido sobre su contextura.

Se comprende así que los menos aptos quedarían eliminados de la dirección de embarcaciones, a fin de que no se lanzaran a trabajar en terrenos desconocidos. Requiérese, para navegar con seguridad, una preparación que nuestros pescadores ignoran en absoluto y por esta circunstancia es necesario dictarles un curso preparatorio, donde se expresen los elementos indispensables para que puedan navegar, no sólo con buena voluntad, sino también aplicando la geometría y las matemáticas.

Aunando al esfuerzo material del pescador una enseñanza ligera sobre cantidades, espacio y tiempo, la pesca será más benéfica y menos costosa. No habría entonces más que instituir un plan de enseñanza que permitiera salvar el inconveniente apuntado, estableciendo un programa simple, pero con la correlación debida a las materias que debe paralelamente aprender el pescador.

Servicio de salvataje y primeros auxilios

Tenemos en Mar del Plata y otros puntos de la costa numerosos pescadores librados a sus propias fuerzas. Durante muchos años se

ha hablado de la necesidad de velar por la seguridad de estos hombres cuando, de improviso o por imprudencia, son sorprendido en el mar por el huracán.

Recordar los hechos desgraciados ocurridos sería cuestión muy larga. Realmente, no hay todavía una mediocre organización para prestar auxilios inmediatos y sería lo de menos tener un vaporecito que, además de la misión de vigilancia regular podría, en un caso dado, prestar eficaz ayuda al barco en peligro.

Muy necesario es prevenir los accidentes y fácil sería para ello tomar las precauciones que la simple prudencia aconseja. Por otra parte, los pescadores están siempre expuestos a herirse y es muy raro que usen de la antisepsia. Indispensable sería tener a bordo un pequeño botiquín y enseñarles el uso y aplicación de apósitos y vendajes y curar heridas con escrupulosa limpieza.

Es común la clavada del anzuelo en las manos y muchas veces se ha visto un dedo atravesado, de parte a parte, y no tener a mano un simple alicate para cortar el anzuelo, teniendo el herido que permanecer en tan triste situación hasta el regreso a tierra.

Hay una negligencia manifiesta en estas cosas y el ajuar del pescador carece de todos los elementos más indispensables para corregir las heridas ordinarias producidas por las aletas y espinas de los pescados. Sin yodo y sin algodón, resulta que, a veces, estas heridas determinan inflamaciones tan molestas y graves que la víctima se encuentra obligada a abandonar sus tareas por espacio de días y semanas. Además, ocurre, con frecuencia una torcedura o una contusión y nada tienen los pescadores para friccionarse. Así he visto un sujeto con una torcedura en el pie permanecer a bordo diez horas, con temperatura fría, sin poder aplicarse un baño local caliente como aconseja la ciencia médica.

No hay para qué insistir más sobre la necesidad de enseñar al pescador el uso de arbitrios destinados a morigerar las consecuencias de los accidentes a que sus rudas labores los exponen. Las primeras atenciones son principalmente de una eficacia manifiesta en las hemorragias, asfixias y fracturas.

Por lo tanto hay también que ayudar, ilustrando en este sentido al pescador y obligarlo a incluir en la embarcación un pequeño botiquín permanente con los productos más indispensables, de primera curación. Y se entiende que el pescador no podrá intervenir del mismo modo que lo haría el médico, pero evitaría siempre las consecuencias de una agravación eventual si tuviese a su alcance los elementales conocimientos terapéuticos de una docena de remedios fundamentales para resolver una circunstancia de apremio y entre tanto pone la proa a tierra si el caso es grave.

El servicio de salvataje y primeros auxilios es de todo punto de vista importante, especialmente en donde trabaja una colonia numerosa de pescadores, como sucede en Mar del Plata. Naturalmente, estas disciplinas podrían originarse en la misma cooperación, pero desgraciadamente este asunto no es de fácil solución, dada la sociología del gremio.

Muchas son las disposiciones que habrá que tomar para poner a buen resguardo al pescador y toda esta cuestión habrá de examinarse en forma muy seria, a fin de que la enseñanza que se imparta no resulte infecunda o que los programas se identifiquen demasiado con un punto de vista especializado.

Si para el servicio de socorro y auxilios hubiera de darse una enseñanza multiplicada, no se propendería al fin perseguido, que no es otro que el de desarrollar mejor la armonía material y espiritual del pescador, aprovechando así, en justa forma, su buena voluntad y su sólido temple moral.

Realmente, habrá que condensar en fórmula concisa las asignaturas que conviene dar al pescador sin rellenarlo de enciclopedia, pero reforzando los conocimientos especiales de su propio oficio. Resultará así que acreditaremos más al pescador nacional y dejaremos al gremio definitivamente establecido y en condiciones de legítima defensa, pues no debemos descuidar la aplicación práctica que estos trabajadores podrán aportar al desarrollo de la economía del país.

Conservación irreprochable de los productos capturados

Sin duda, es preciso indicar al pescador las reformas que debe introducir en el tratamiento de los productos aprehendidos hasta el preciso momento de hacer su entrega en tierra. Las prácticas actuales, en este sentido y según hemos tenido ocasión de observarlo, son bastante deplorables.

Para mantener el pescado en buenas condiciones de frescura, nuestros pescadores deben introducir un sistema eficiente de cuidados que se avenga a los deseos del consumidor. El hielo triturado y la sal son agentes de conservación muy aceptables para algunas especies, pero en tesis general el uso de hielo por los pescadores nacionales no tendrá razón alguna.

Una vez que el pescado haya sido clasificado y eviscerado a bordo, debe procurarse enfriarlo y conservarlo en este estado hasta

su desembarco. Reconócese la supremacía del proceso de refrigeración como el más apropiado para nuestras pesquerías.

Congelar el pescado sería un error y no se mejoraría el producto, porque los tejidos se retractan y luego se rompen las células al descongelarse, derramando los jugos musculares. La temperatura de 0 grado centígrado, es todo el frío que debe darse al pescado.

Una de las prácticas peores es el de aplicar el hielo triturado porque después de algún tiempo se corrompe el pescado con la agravante de deformar los productos por la compresión ejercida sobre los mismos. Desde luego, hay que instruir a los pescadores en el sentido de que sólo la cámara frigorífica es la que dará el resultado apetecido y, en consecuencia, apresurar la internación de los productos en cuanto sea posible después de capturados.

A la previa preparación del pescado se debe la posibilidad de poderlo expedir a largas distancias y asegurar en consecuencia nuevos mercados de consumo. Si el pescado es tratado convenientemente y acondicionado en envases higiénicos, el pescador tendrá siempre seguro y remunerador mercado para sus cosechas.

En el caso contrario, correrá inminentes riesgos y la economía pública tampoco apovechará de su trabajo, ya que muchas veces el pescado será decomisado al llegar a destino. La técnica que, sobre todo, debe aprender el pescador, finca en la absoluta necesidad de cuidar de la buena conservación de los productos que recoge. El destripado y el lavado son operaciones desconocidas y, sin embargo, elementales para la conservación del pescado, sin que aumenten sensiblemente el costo de producción.

Desde luego, el pescador aislado puede muy bien efectuar estas operaciones a bordo mismo, si no prefiriese mejor practicarlas una vez llegado al puerto. Pero las grandes empresas pueden solventar fácilmente el tratamiento del pescado a bordo, por la comodidad que una embarcación de relativo tonelaje ofrece y durante el regreso a puerto.

Inducir al pescador al total aprovechamiento de la pesca obtenida

El pescador, generalmente, se basa en concepciones enteramente falsas sobre el resultado de sus actividades. Tiene, por principio, costumbre de operar de tal o cual manera y no hay forma de inducirlo a que aplique a sus procedimientos la menor reforma.

El aprovechamiento total de sus cosechas no le interesa y muchas veces ante especies desconocidas se muestra indiferente y las

desecha. Debe también someterse a la expedición total de una exuberante cosecha, cuando podría destinar una parte de la misma a la salazón, que es el primero y más común de los procesos industriales de conservación que debe aplicarse a la pesca.

Y donde quiera que nuestros pescadores trabajan, ese procedimiento no se aplica ni aun en los casos eventuales de grandes capturas. Así es preciso insinuar a los pescadores la manera de aprovechar totalmente la pesca que obtienen y en la salazón, particularmente, cuando no existan piscifactorías especiales, encontrarán un buen recurso, no necesitando otra cosa que los envases que pueden constituir en simples barriles.

También podrían, sin mayor inconveniente, preparar el pescado ahumado, o empleando simples hornos de hierro transportables y, del mismo modo, aplicar el procedimiento de desecación, aprovechando, en todos los casos, las vísceras y desechos, particularizándose con los hígados para extracción del aceite.

Requírese que el pescador aproveche totalmente su cosecha en la mejor forma económica posible, pues teniendo asegurado el fruto es preciso inducirlo a que no lo pierda. Los resultados, al hacer su balance, serán favorables si ha aplicado la transformación del exceso de su cosecha en materia conservada.

Resultado mediocre o negativo tiene la faena pesquera cuando se tiene que liquidar la cosecha con apremio y de cualquier modo. Forzosamente hay que aconsejar al pescador para que fije un poco más su atención al valor de su trabajo, siendo de suma importancia indicarle los procedimientos que al efecto debe emplear para el mejor resguardo y seguridad de las cosechas obtenidas.

Obvio es que lo que el pescador mismo no haga en ese sentido, nadie lo hará una vez expedido el artículo al mercado. Rigurosamente instruido, el pescador producirá un interés mayor, tanto particular como público, y con ello se obtendrá un adelanto substancial para el mejor respeto del obrero del mar.

Y para la industria general de la pesca no puede ofrecerse un mejor recurso que el aprovechamiento total de lo que el pescador captura ya que, otra manera de proceder sería antieconómica e imprevisora, no consiguiéndose ni el buen desarrollo de la pesca ni el bienestar de los pescadores.

La cooperación

Indispensable será, para los pescadores que trabajan aisladamente, constituir cooperativas a fin de fomentar mejor la explo-

tación y establecer sus propias plantas frigoríficas y aun pequeñas fábricas de conservas alimenticias.

Inútil parecería repetir, que el gremio de pescadores, en general, no se inclina de buen grado a participar de la institución cooperativa. Unos cuantos, en Mar del Plata, han podido asociarse, pero con fines poco armónicos con el fomento de la producción pesquera. Desde luego, asociados y todo, nada han hecho para mejorar la industria a que se dedican ni han iniciado el establecimiento requerido para la manipulación y adecuado tratamiento de los productos antes de remitirlos a los mercados consumidores.

En Mar del Plata, donde de antemano, puede decirse, está comprometida la producción pesquera y existe un núcleo bien importante de pescadores, sería posible y relativamente fácil costear los gastos de una planta frigorífica de acuerdo con la máxima producción actual y aun con miras de un ensanchamiento futuro.

Muchos de los pescadores marplatenses, sin embargo, no habrán de obligarse a ningún compromiso, pues prefieren depender absolutamente de sus consignatarios, en quienes confían tal vez demasiado. Mas hay también algunos dispuestos y en condiciones de suscribir acciones y asociarse en cualquiera institución que redunde en mejora substancial de la industria que ejercen. Con todo, la generalidad de los pescadores del país, es reacia aun al convenio mutuo más simple que se puede plantear. Otra sería la situación del pescador que trabaja aisladamente, si se asociase para llevar a efecto la capitalización conjunta y el mejoramiento industrial. Sería de indiscutibles ventajas la cooperación del gremio en cada localidad pesquera y a cualquier mejora que fuese necesario practicar podrían responder a su costo por medio de acciones pagaderas por cuotas mensuales hasta cubrir el valor de los títulos que suscribiesen.

Todo el beneficio que supone la cooperación sería altamente apreciable, particularmente entre los pescadores, quienes no reciben estímulos de ninguna naturaleza. Por ahora, al menos, puede decirse que en la industria de la pesca no existe la cooperación, ni siquiera la organización de sociedades que tengan algún carácter mutualista.

La pesca, sin embargo, exige que el pescador que trabaja en pequeña escala se organice para luchar con las empresas o compañías mayores, a fin de llegar a equilibrar el costo de producción. En los mutuos servicios el pequeño pescador hallará las verdaderas compensaciones a su labor, que hoy no obtiene sino en forma intermitente y ambigua.

Obvio es que la escasez de capital de estos pequeños produc-

tores, para plantear la industria pesquera en la forma deseada, es un serio inconveniente, pero tal vez, una vez asociados y bien organizados, encontrarían facilidades financieras para completar y ampliar los elementos necesarios a fin de bastarse a sí solos y despertar en otros colegas de otros puntos de la costa el verdadero espíritu de cooperación.